

El otro libro queda pues por hacer. El autor lo deja á pluma menos religiosa ó mas atrevida.

Si es verdad que ha habido conventos que han provocado la indignacion de mas de un concilio; si es verdad que han existido monjes indignos condenados por la justicia de los obispos y de los papas; si es verdad que instituciones relajadas han olvidado las sublimes reglas de sus á un tiempo primeros fundadores y primeros mártires, esto en manera alguna pertenece á la senda que se presenta trazada á esta obra.

El autor no refiere como cronista; viaja solo como peregrino, canta solo como poeta.



LOS FRAILES

Y SUS CONVENTOS.

POBLET.

(CATALUÑA.)

I.

LA FAVORITA DEL REY MORO.



RA á mediados del siglo XII.

El castillo de Ciurana se elevaba sombrío y negrozco sobre una eminencia, dibujando en la sombra, á la primera sonrisa del alba, su triple línea de almenas y sus moriscas torres. Las tinieblas, que solo muy perezosamente se retiraban ante la proximidad del globo de fuego, su eterno enemigo, permitian apenas aparecer el castillo en toda su imponente y soberana majestad. Destacábase pues la fortaleza como si fuera un gigantesco buitre de alas desplegadas posado sobre la cima de un monte.

Todo se reunia para anunciar una hermosa mañana, una de esas tibias

y lánguidas mañanas, llenas de perfumes, ricas de voluptuosidad, bañadas de poesía, como solo las conocen los que habitan bajo el sol del mediodía. La primera luz de la aurora flotaba por encima de las tinieblas que no bastaba á disipar, como flota un velo blanco sobre un vestido de luto; las flores mas maravillosas de colores y de incienso, perdidas entre mares de verdura, abrian cariñosamente sus húmedas corolas; la brisa acariciaba las crecidas yerbas que ondulaban misteriosas exhalando un coro de gemidos; los árboles agitaban sus cabelleras perfumadas; los céspedes estendian sus trémulas alfombras de terciopelo sobre las cuales, á la hora del matinal crepúsculo, llueven á millares esas peregrinas gotas de rocío que se parecen á puntas de diamante engastadas en lucientes esmeraldas.

Todo reposaba en calma. Solo se oian el paso monótono del centinela saraceno que velaba en la muralla, y el rumor cadencioso del viento sepultándose sonoro entre el follage.

Á aquella hora pues en que el silencio podía hacer creer á todo el universo sumergido aun en el sueño mas profundo, una puertecita de la torre del norte se abria cautelosamente para dar paso á un bulto envuelto en un manto blanco como la nieve, que se deslizó con paso rápido á lo largo de la muralla.

No tardó este bulto en salir del recinto de la fortaleza y penetrar en un ameno circuito que á espaldas del castillo se elevaba, poblado de árboles y de flores. La muger, — porque era en efecto una muger, nos apresuramos á decirlo, — siguió avanzando por aquel delicioso sitio con no menor rapidez. Cualquiera al verla cruzar envuelta en los flotantes pliegues de su manto por entre el murmurador ramaje, deslizándose rápida entre los olorosos naranjos que balanceaban sus globos de oro, entre las palmas que se cimbraban melancólicas; cualquiera la hubiera tomado por una ondina retardada y que, sorprendida por los albores del dia, corria presurosa á reunirse con sus compañeras para como ellas sepultarse en sus palacios de cristal y de plata.

Por lo demás, el sitio que atravesaba era un bello sitio. Era un pequeño, pero magnífico jardin oriental transportado, como por encanto, al suelo de Cataluña, sin que nada hubiese perdido de toda su espléndida y encantadora pompa. Surtidores caprichosos dejaban caer el agua con blando susurro sobre marmóreas conchas que la despedían llorando; bóvedas de follage dejaban apenas atravesar los rayos del sol; senderos de fina y blanquiza arena veian elevarse á sus costados murallas de flores y de verdura donde la

rosa y el jazmin enlazaban sus aromas con los del tulipan salvaje, orgullo del suelo africano, que une los perfumes suaves del lirio al oro siempre esplendente de su cáliz. Un reyezuelo moro, como tantos existian entónces en España, Almira Almuminiz, señor de Ciurana, habia hecho brotar aquel vergel delicioso del seno mismo de una árida montaña para que ni á él ni á sus bellas favoritas les faltara nada en Cataluña de sus esplendores africanos.

Al extremo del jardin se alzaba un elegante pabellon de pórfido y de mármol, placentero lugar de descanso, á cuyo alrededor crecian espesas matas y grupos de cipreses artísticamente entrelazados. La muger llegó á este pabellon y, despues de haber vuelto la cabeza para asegurarse de que no habia sido seguida, empujó la primorosa puerta de cedro que la impedia el paso y penetró bruscamente en el interior.

Un hombre recostado en unos cojines de escarlata con franjas de oro se levantó al verla; ella entonces dejó caer el manto que la cubria y una muger, superior en hermosura á toda idea, espléndidamente vestida de gazas de oro segun la usanza árabe, apareció á los ojos atónitos del habitante del pabellon.

—Mucho has tardado hoy, Anhuba, —dijo éste dando un paso hácia la bella mora, —demasiado acaso; mira, —añadió señalándole por una ventana el espacio, — el sol asoma ya como una mancha de sangre en el horizonte.

—Ay! sí, contestó con una voz dulce aquella á quien el desconocido habia llamado Anhuba — conozco que he tardado; el alba me ha sorprendido en mi estancia; por esto he venido solo á decirte que te amo. Te lo he dicho ya, Rodrigo, y me marchó. Pudieran sorprendernos.

—Sabes que todo está preparado para nuestra fuga? —dijo Rodrigo.

—Todo?

—Sí. Esta noche, á la hora en que las tinieblas hayan alcanzado la mitad de su carrera te esperaré aquí mismo, en este pabellon, y con la ayuda de Dios abandonaremos este sitio infame.

—Tus palabras me hacen feliz, mi Rodrigo... y sin embargo tiemblo, vacilo... un secreto sobresalto me hiela el corazon.

—No temas, amada mia. Al extremo del jardin, en el ángulo izquierdo, he abierto una brecha, cubierta ahora con espesos matorrales, que nos facilita seguro paso á la montaña, y al hallarnos en esta, el cauce del torrente nos conducirá por su hondura sin ser vistos hasta las primeras casas del pueblecito de Ullés. Una vez allí, mira, solo tengo que aplicar por tres

veces seguidas á mis labios este silvato de acero que cuelga de mi pecho, y no tardaremos seis minutos en tener á nuestras órdenes, dispuesto á servirnos y á ponernos en lugar seguro, al hombre mas activo, mas incansable, y mas práctico de la comarca.

— Y ese hombre?....

— Es un pobre cazador que se llama Poblet. Un dia, hará ya un año, en ocasion en que me hallaba yo con una numerosa hueste haciendo guerra á los moros de Tortosa, tuve la suerte de librarle de un mal paso en que habia arriesgado su vida, y entónces el agradecido cazador me dijo, alargándome este silvato: «Pobre soy y cazador; me llamo Poblet y habito en el pueblo de Ullés. Si algun dia quisiera vuestra mala suerte, Don Rodrigo, que os hallareis por aquellas cercanías en algun lance apurado, rasgue tres veces el aire el son de este silvato, y, aun cuando pasen veinte años, como Poblet ó sus amigos estén en disposicion de oirlo, uno y otros se hallarán con la rapidez de la flecha á vuestro lado.» Lo tomé y prometí apelar á sus servicios si llegaba la ocasion. Ay! no sabia entónces que bien pronto, á los dos meses una infame emboscada me habia de hacer caer en manos del régulo de Ciurana, y que transportado aquí, tan cerca de los lugares que recorre libre mi fiel cazador, debia languidecer diez meses atado á la cadena del esclavo y sentir crujir mis miembros de caballero bajo el látigo de un perro de Mahoma.

Y el noble Rodrigo inclinó su cabeza y ocultó su frente entre las manos.

— Y yo? — dijo tristemente la voz de Anhuba.

— Ah! sí, — exclamó entonces apasionadamente el cristiano, — por fortuna Dios me ha enviado en mi larga carrera de sufrimiento y en mi doloroso martirio un ángel para consolarme y para templar mis penas.

— Esta noche seremos libres, amado mio — dijo la jóven mora tratando de apartar las ideas tristes que veia prontas á apoderarse de Rodrigo — esta noche cruzaremos la llanura con libertad uno en brazos de otro, y acaso el alba de mañana nos encuentre ya á los piés de un altar de ese Dios de los cristianos cuyos dulces preceptos y religiosos misterios me has enseñado tú á venerar. Anhelo ya ser cristiana, Rodrigo mio; cada momento que pasa es un siglo para mí. Deseo que la religion de mi amado, esa religion de amor y de esperanza purifique mi cuerpo con el agua del bautismo, como sus preceptos que ansiosamente he bebido de tus labios han purificado ya mi alma sumergida hasta ahora en el caos de la idolatría.

— Sí, Anhuba, mañana serás mia; mañana Dios bendecirá nuestros la-

zos y la altiva favorita del orgulloso moro será la dulce compañera del cristiano caudillo. Vete ahora. El sol asoma ya en toda su pompa. Vete y hasta la noche, Anhuba.

— Hasta la noche, amado mio.

Y la jóven, envolviéndose en su manto, se deslizó ligera fuera del pabellon despues de haber rozado con sus labios la frente del amante esclavo.

Poco despues que Anhuba, Rodrigo abandonaba á su vez el pabellon pero partiendo en direccion opuesta.

Cuando ya el niveo manto de la favorita habia desaparecido trás las últimas palmeras del jardin, cuando ya se habian apagado del todo los pasos del esclavo, entonces una escena estraña tuvo lugar junto á aquel mismo pabellon solitario, un momento poblado por el amor y ternezas de los dos amantes.

Un ligero ruido, que no podia ser ciertamente causado por el viento, se dejó sentir en lo mas espeso de un matorral vecino, y agitándose sus ramas lentamente, dieron paso á una monstruosa cabeza de negro..... Tras de la cabeza apareció un deforme cuerpo de enano. Hubiérase dicho un demonio brotando del seno de un mónstruo.

Al hallarse fuera del matorral, el negro olfateó el aire como pudiera haberlo hecho el mas fino sabueso, paseó sus miradas por todas partes, interrogó el silencio y la profundidad de las matas, y seguro de que nadie le habia visto, se lanzó presuroso en la misma direccion que Anhuba.

Dos horas mas tarde, el señor de Ciurana y de todos aquellos alrededores, el rey moro Almira Almuminiz, el mas constante y mas implacable perseguidor de los cristianos, hallándose en su estancia y sentado sobre opulentos cojines, acertó á volver casualmente la cabeza y vió no lejos de la puerta á un hombre respetuosamente encorvado, tanto que casi tocaba con la cabeza al suelo. Largo rato hacia ya que estaba en semejante postura sin desplegar los labios para no turbar el recojimiento de su poderoso señor.

— Levántate, Hadkahadji! — dijo el régulo.

El negro se incorporó.

— Dime, — continuó Almira Almuminiz, — qué noticias traes á tu señor?

— El cristiano y la favorita, — dijo el negro con una voz sorda, — se han visto hoy como ayer, como anteayer, en el pabellon del jardin al romper el alba.

— Y no has podido oir nada de su conversacion?

— Una vez me he acercado á rastras hasta la puerta de cedro y he distinguido perfectamente la voz de Anhuba.

—Qué decía?

—Hablaba en la lengua de los cristianos.

—Que ese perro esclavo le habrá enseñado. Irá tambien mañana Anhuba á la cita?

—Probablemente.

Almira Almuminiz sacó un puñal de su cinto y arrojándoselo al esclavo le gritó:

—Cuando vaya Anhuba á la cita debe encontrar un cadáver en su amante. Por hoy nada mas; —añadió el rey viendo que el negro no se movia aguardando sin duda mas órdenes, —otro dia veremos lo que se ha de hacer con Anhuba.... No sé! puede que te la dé.

Una espresion de siniestra alegría resplandeció en el rostro de Hadkahadji, que recogió el puñal que su señor le arrojara y se lanzó fuera de la estancia.

Aquella misma noche, á hora ya muy adelantada, cualquier curioso observador hubiera podido ver abrirse como por la mañana una pequeña puerta de la torre del norte en el castillo de Ciurana, y salir por ella la misma muger en el mismo manto blanco envuelta, seguir la misma direccion que al rayar el alba y llegar por fin á la puerta del mismo pabellon.

Anhuba se detuvo allí para respirar. Reinaba el silencio mas profundo, un silencio de muerte interrumpido solo por el monótono compas del agua que caía en las conchas de mármol y por la voz quejumbrosa del viento de la noche zumbando entre las ramas. Tranquilizada Anhuba por la calma que en torno suyo reinaba, empujó la puerta y adelantando la cabeza en la oscuridad de la estancia, dejó escapar de sus labios como un eco débil el nombre de Rodrigo!

Nadie contestó.

La jóven repitió el nombre en voz mas alta. El mismo silencio.

—No habrá venido aun, —pensó la bella mora.

Y entró en el pabellon. Sobrecojida de miedo, trémula de ansiedad, Anhuba dió algunos pasos en las tinieblas para sentarse en los almohadones que habia en el centro de la estancia y esperar allí la próxima llegada de su amante. No tardó en hallar el asiento, pero al ir á dejarse caer en él, la mano de la jóven tropezó con otra mano helada como un mármol que descansaba sobre los blandos cojines.

Anhuba retrocedió despavorida no pudiendo contener un imprudente grito.

Alguno habia allí, alguno..... y sin embargo, al grito de la mora na-

die se movió. Todo volvió á caer en el mismo aterrador silencio. En cuanto á Anhuba, se quedó clavada en el sitio, á cuatro pasos del divan, no sabiendo á qué atribuir aquel contacto de hielo que la habia estremecido toda entera, si á una ilusion de sus sentidos ó á una realidad, á una espantosa realidad.

La luna que en aquel momento se destacó de entre un grupo de nubes y filtró rápidamente por la ventana del pabellon, vino á sacarla de duda.

Un hombre se presentaba á los ojos de la jóven, un hombre tendido en el divan, pero pálido, amarotado, caidas las manos; lleno de sangre de una herida abierta en su pecho, un cadáver en fin y..... el cadáver de Rodrigo!

Anhuba quiso gritar y le fué imposible, quiso andar y no pudo, pero sus manos se cruzaron, dobláronse sus piernas y cayó de rodillas en el duro mármol pálida como una muerta, muda como una sombra, insensible acaso en aquel momento como el hombre que vé á sus piés estallar el rayo.

En esta postura permaneció por largo rato inmóvil como una estatua de piedra. Poco á poco la vida fué volviendo á su cuerpo, el calor á su corazon, el fuego á sus ojos. Una crisis nerviosa agitó por un breve instante sus miembros y se puso repentinamente en pié movida como por un resorte.

Y se puso en pié, pero no pálida, conmovida, convulsa; sino terrible, sombría, soberbia!

—Nuestro amor habrá sido descubierto, —dijo dando un paso y estendiendo su mano sobre el cadáver, —y tú, pobre martir, has regado con tu sangre la aurora de mi libertad; pues bien, yo marcharé impávida por la senda que me ha trazado la religion de tus padres..... Una brecha ha sido abierta por tus esfuerzos en el muro, un cazador responderá á la voz de tu silvato.... Yo atravesaré esa brecha, yo llamaré á ese cazador.....

Y en seguida volviéndose hácia la puerta, y amenazando con su puño cerrado exclamó:

—Tiembla, rey de Ciurana! tu antigua favorita ha de venir á pedirte un dia cuenta de la sangre de su amante, al frente de un ejército cristiano.

Dijo, besó en la frente el cadáver, se apoderó de un puñal caido en el suelo, el mismo que acaso sirviera para dar muerte á Rodrigo, salió del pabellon y no tardó en perderse en la profundidad de las sombras.